4035

EL TEATRO
Y LA
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

EN ESTA VIDA
TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REFUNDIDA POR

D. MANUEL CAÑETE Y D. JOSÉ CAMPO-ARANA.

MADRID.
OFICINAS.—POZAS, 2 y SEVILLA, 14.
1879.

9

EN ESTA VIDA

TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

EN ESTA VIDA
TODO ES VERDAD Y TODO MENTIRA.

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REFUNDIDA POR

D. MANUEL CAÑETE Y D. JOSÉ CAMPO-ARANA.

Representada por primera vez en el Teatro ESPAÑOL el 4 de Octubre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
CINTIA	Sra. Marin (D.ª Concepcion).
LIBIA	Srta. Calderon (D.ª Luisa).
FÓCAS	Sres. Jimenez (D. Donato.)
HERÁCLIO	Vico (D. Antonio).
LEONIDO	Calvo (D. Rafael).
ASTOLFO	Vico (D. Manuel).
LISIPO	Calvo (D. José).
FEDERICO, embajador	Moreno (D. P.).
ISMENO	Revilla (D. Alfredo C.).
UN SOLDADO	Corral (D. F.).
UN CRIADO	Perrin (D. F.)

Damas, cortesanos, monteros, soldados.

638561

Esta obra es propiedad de D. Manuel Cañete y de D. José Campo-Arana, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los refundidores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. HIJOS DE A. GULLON y de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion, y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á LOS ACTORES

D. ANTONIO VICO Y D. RAFAEL CALVO.

Para que ustedes pudieran presentarse unidos por primera vez ante el público de Madrid en una de las bellas creaciones del Teatro antiguo español, acometimos la árdua empresa de refundir este poema escénico, procurando adecuarlo á las circunstancias y al gusto de nuestros dias. Gracias al singular talento que á ustedes distingue, y al acierto que desplegaron en la noche del estreno, el público pudo comprender y aplaudir fervorosamente las bellezas de una obra escrita por el autor de *La vida es sueño* en su primera juventud, pero sellada ya con el sello de inmortalidad que imprimió en sus mejores comedias. Reciban ustedes estas breves líneas como testimonio de estimacion á su relevante mérito, y como prenda segura del cariño que les profesan sus verdaderos amigos

MANUEL CAÑETE. — JOSÉ CAMPO-ARANA.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

La benevolencia con que el público y los periódicos de esta córte han acogido la presente refundicion de la comedia que Don Pedro Calderon de la Barca dió á luz con el mismo título que aquí lleva, si por una parte nos obliga á patentizar la gratitud de que les somos deudores, por otra no nos excusa de pedir indulgencia para la osadía de haber puesto mano en la obra original de aquel peregrino ingenio. ¿Podrán servirnos de disculpa las causas que nos han movido á efectuarlo?

La Empresa del teatro Español, interpretando bien el deseo de los apasionados del arte, quería proporcionar á nuestros dos primeros actores ocasion de aparecer unidos con el lazo de la confraternidad artística en una misma obra escénica, y en papeles de igual importancia; anhelaba que esta obra fuese de aquellas de nuestro antiguo teatro que viven con perpétua juventud en la admiracion de los pueblos cultos, y se mostraba inclinada á preferir las del inmortal autor de *La devocion de la Cruz* y *El médico de su honra*. Invitados á secundar este laudable propósito, hemos creido que ninguna creacion del poeta á quien la docta Alemania considera como á príncipe de nuestros dramáticos, dándole preferente lugar

entre los mejores de la edad moderna, reunía para el objeto apetecido condiciones tan especiales como la titulada *En esta vida todo es verdad y todo mentira*.

Del efecto que causó esta obra en los contemporáneos de Calderon se podrá formar juicio exacto con sólo recordar que en la época de mayor auge de la escena francesa, cuando Corneille, Racine y Moliére daban la norma de un teatro cimentado en la imitacion de los clásicos antiguos, y que á veces estrechaba y hacía más rigorosos los preceptos aristotélicos y horacianos, horrorizándose de la vigorosa libertad del poético drama español, tan vario, tan ingenioso y brillante,—el mismo Corneille se apoderaba del fundamento de la accion y de los rasgos principales de esta comedia para apropiárselos y reproducirlos en su *Heráclio*. Al hacerlo así, descartando por completo el elemento sobrenatural, tan importante en la obra de Calderon, dió sin duda alguna más regularidad á la fábula; pero rebajó un tanto su grandeza, despojándola en parte de la nativa amenidad de la comedia española, y apeló á recursos que aspiran á representar mejor las condiciones propias de la vida real, sin que logren ser en el fondo tan verdadera y profundamente humanos como los resortes que emplea el famoso poeta madrileño.

Reducidos nosotros al papel de meros refundidores, hemos creido que no debíamos ir tan lejos como Corneille arrancando de raiz la parte sobre-

natural de la comedia calderoniana. Despojarla en todo y por todo de ese elemento habría sido desnaturalizar un tanto su propia índole, dado que en la época de Calderon se conservaban todavía resabios de la influencia que ejercieron en los siglos medios las supersticiosas creencias relativas al poder de la magia y de los magos. Sin embargo, como el gran poeta procura en el tercer acto de su obra realizar y hacer verdadero cuanto había fingido el conjuro de Lisipo, y este empeño de conceder á las artes mágicas poder de adivinacion le lleva insensiblemente á enredarse en escenas de dudoso efecto, y poco á propósito para persuadir é interesar al público de nuestros dias, nos ha parecido necesario dar distinta díreccion al desenlace del poema, descartando personajes, situaciones, episodios é incidentes que hubieran podido hacerlo fracasar en el teatro.

Los calorosos aplausos que ha dispensado el público al cuadro final de esta obra (que comprende desde la escena sexta á la última inclusive del acto tercero), cuyo plan difiere mucho de el de Calderon, bien que hayamos procurado aprovechar cuantos rasgos y versos del autor podían contribuir á embellecerlo y realzarlo, disculpan hasta cierto punto nuestra osadía. Á pesar de ello, cúmplenos dejar aquí consignado que sin la indicacion que hace el mismo Calderon, con maravilloso instinto dramático, en la escena quinta de la tercera jornada, donde Leonido intenta asesinar á su padre Fócas para arrebatarle el impe-

rio, tal vez no nos habríamos atrevido á imaginar el trágico fin que hemos dado á la comedia.

De todos modos, conste que nuestro único deseo al emprender la refundicion de esta obra ha sido, amén del que ya dejamos expuesto, proporcionar á los amantes del arte ocasion de admirar las bellezas que atesora una de las más originales creaciones de Calde ron, purgándola de los lunares é inconvenientes que hoy habrían podido encontrar en ella los que no están familiarizados con el espíritu y carácter del portentoso Teatro español del siglo XVII.

LOS REFUNDIDORES.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de selva corta.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon suenan dentro, á la izquierda del actor, instrumentos músicos, é instantes despues cajas y clarines á la derecha, por la que sale FÓCAS, seguido de SOLDADOS, al mismo tiempo que aparece por la izquierda CINTIA con séquito de DAMAS, CORTESANOS y MONTEROS.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Focas!
FÓCAS. (Saliendo.) Cintia viva,
y hagan salva á su belleza
los militares estruendos
de cajas y de trompetas.
CINTIA. (Yendo al encuentro de Fócas.)
El nunca vencido Marte,
el siempre invencible César
á los montes de Sicilia
en hora dichosa venga.
En fé de nuestras lealtades
tengo de ser la primera
que aquí, besando tu mano,
mi corona á tu pié ofrezca.
(Va á arrodillarse á los piés de Fócas, que lo impide; entre tanto dice aparte.)

(Ante el poder de un tirano,
¡oh temor, cómo me fuerzas!)

FÓCAS. Cierto es que en hora dichosa
aquí arriba, Cintia bella,
quien viene á lograr aplausos
donde pensó hallar ofensas.
Bien temí, aunque coronado
de tantos laureles venga
á ver la eminente cumbre
que fué mi cuna primera,
hallar en sus campos ántes
oposiciones que fiestas.
Pero viendo que ha sabido,
políticamente cuerda,
la razon de estado hacer
sacrificio de la fuerza,
en premio del rendimiento
con que me admites y aceptas,
palabra, Cintia, te doy
de que en la paz te mantenga
de tu reino, sin que en tí
satisfaga, ni en tu tierra,
la hidrópica sed de sangre
de mi heredada soberbia.

CINTIA. Bien á ella vengas, señor,
que ya de verte se alegra.

FÓCAS. Aquellas dos altas cimas
que, en desigual competencia,
de fuego el volcan corona
y ciñe de nieve el Etna,
fueron mi primera cuna
(ya lo dije) sin que en ellas
tuviese más padres que
las víboras que en sí engendran.
Leche de lobas, infante,
me alimentó allí en mi tierna
edad, y en mi edad adulta
el veneno de sus yerbas.
En esta, pues, crianza bruta
me halló bandida la fiera
milicia de unos soldados,
que en la intrincada maleza

del monte se mantenía
de hurtos, robos y tragedias.
De la justicia acosados
iban de una en otra tierra,
cuando, encontrando conmigo,
para que los defendiera
me hicieron su capitan,
cuya familia pequeña,
á mi fama, en pocos dias
creció á copia tan inmensa,
que puse en contribucion
no sólo de las aldeas
vecinas tímido el vulgo,
mas pasando mis empresas
á populosas ciudades
las reduje á mi obediencia.
Dejemos en este estado
tiranizadas violencias,
y vamos á que Mauricio,
de Constantinopla César,
á Italia pasó, en venganza
de que negaba soberbia
los feudos del sacro imperio,
talando tan sin defensa
sus campañas, que no hubo
entónces muro ni almena
que no viese tremolada
la águila de sus banderas.
Tu padre, atento al peligro
que ya llamaba á sus puertas,
llamó auxiliares mis tropas
en su favor; y yo, al verlas
empleadas en más noble
generoso asunto, vuelta
la que empezó por infamía
en blason, salí con ellas
al opósito á Mauricio,
con tan favorable estrella,
que de poder á poder,
medidas entrambas fuerzas,
murió en campaña á mis manos,
aclamándome la inmensa

voz de tantos su caudillo.
Ya por mar y ya por tierra
llego hasta Constantinopla,
córte del imperio excelsa;
cercóla; por cinco años
lucha altiva en su defensa,
pero vencida del hambre
me coronó por su César.
Y aunque volviendo á Sicilia
hoy bastante viso tenga
en la presuncion de que
vengo á conseguir en ella
la vanidad de que quien
bandido me vió me vea
coronado rey, hay otras
dos razones que me mueva n.

CINTIA. Tiénesme con toda el alma
de tus palabras suspensa.

FÓCAS. Eudocia, que de Mauricio
tan amante esposa era
que en las lides le seguía,
la noche, segun me cuentan
diversos vasallos suyos,
que él murió, en su fuga ella,
con los dolores de parto
ni bien viva ni bien muerta,
en brazos de Astolfo (un noble
anciano cuya experiencia,
ántes de dar la batalla,
en no sé qué conveniencias
vino á hablarme embajador,
de suerte que si le viera
le conociera) dió á luz,
si es que hay luz en las tinieblas,
un tierno infante, y con él
dió la vida. Astolfo apenas
vió en su poder de su dueño
el hijo, con tan desecha
fortuna (porque jamás
á dar en mis manos venga),
dicen que con él del monte
se retiró á la aspereza,

donde hasta hoy no se ha sabido
que uno ni otro viva ó muera.

CINTIA. ¡Pasmosa historia!

FÓCAS. Pasemos
á otra aún más extraña que esta.
Irífile, una aldeana
tan divinamente bella
que á ser la hermosura imperio
la jurára amor por reina,
tirana de mi albedrío
supo rendir mi fiereza.
Esta, pues, el dia que yo
llamado vine, en su aldea
en cinta quedó asistida
de quien, con mi confidencia,
atento me aseguró
que apenas llegó la nueva
de mi victoria á su oido,
cuando se partió resuelta
á no quedarse sin mí
al preciso riesgo expuesta
de sus deudos con el parto
que ya esperaba tan cerca;
y que con ella viniendo
erró del monte la senda,
donde, cerrando la noche,
entre dos incultas peñas
la asaltaron los dolores;
y él, con la súbita pena
de su desabrigo (yendo
á ver si por dicha hubiera
donde albergarla), siguió
una luz, en cuya ausencia,
(segun ella dijo cuando
volvió con gente por ella)
un hombre llegó al gemido,
á quien, turbada ó atenta,
porque el interés ó el miedo
de mi enojo le pusieran
en mayor obligacion,
le reveló cuyo era
el fruto infeliz que ya

lloraba sobre la yerba;
añadiendo que, si acaso
la dejaba el dolor muerta,
para que fuese creido
de mí le daba por señas
una cifra de mi nombre
en una lámina impresa
de oro que yo la había dado
de mi matrimonio en prenda;
y que, finalmente, oyendo
gente se volvió á la sierra,
ladron del parto y la joya,
sin que por más diligencias
que hicieron hayan logrado
que hurto ni ladron parezcan.

CINTIA. ¡Caso extraño!

FÓCAS. Y pues hasta hoy
no me dió el valor licencia
para que dejar pudiese
tantas victorias suspensas,
vuelvo con los dos afectos
de amor y odio, ira y terneza,
á buscar aquí en Trinacria
dos vidas que me atormentan
ignoradas; una, en fe
de la medrosa sospecha
de que haya de Mauricio
sucesion que alterar pueda
en ningun tiempo el imperio
que le toca por herencia;
y otra, en fe del sentimiento
de que la mia perezca.

CINTIA. Tranquilízate. Y en tanto
que general bando se echa,
con premio y castigo á quien
ó sospechoso lo sepa
ú obediente lo descubra,
ven donde descansar puedas
de tantas prolijas marchas.

FÓCAS. ¿Qué descanso habrá que tenga
quien temoroso imagina
ni quien codicioso piensa?

CINTIA. Vamos, señor, que mi córte
regocijada te espera.
FÓCAS. Partamos, pues: ¡viva Cintia!
CINTIA. ¡Viva Fócas!
TODOS. ¡Viva!
LIBIA. (Dentro.) ¡Muera!
FÓCAS. Oid, esperad, suspended
el rumor. ¿Qué voz es esta
que al decir que Fócas viva
ella ha repetido...
LIBIA. (Dentro.) ¡Muera
á manos de mi desdicha!
CINTIA. Á lo que de aquí se deja
ver, fugitiva hermosura,
de una peña en otra peña,
para descender al llano
buscando viene la senda,
y despeñada del monte
cayendo va.
FÓCAS. Á socorrerla,
por desmentir el agüero,
llegaré volando.
LIBIA. (Dentro.) ¡Muera
á manos de mi desdicha,
y no á manos de una fiera!
FÓCAS. (Dentro.) No harás, que en mis brazos yo,
del cielo de tu belleza
Atlante, sabré parar
el rigor de tu violencia.

ESCENA II.

CINTIA, FÓCAS, LIBIA, DAMAS, CORTESANOS, MONTEROS, SOLDADOS.

FÓCAS. (Saliendo con Libia en los brazos.)
Y pues ya estas socorrida,
cóbrate, anima y alienta.
LIBIA. Mal podré; que aunque de tí
favorecida me vea,
no asegurada del riesgo
que me sigue.

CINTIA. Qué es nos cuenta.

LIBIA. Libia, del sabio Lisipo
(aquel que en mágicas ciencias
fué aborrecido portento
de Calabria, porque en ella
á su régulo predijo
no sé qué infeliz tragedia,
en órden á que negaban
dar á Fócas obediencia)
hija soy. Sin más caudal,
más patria, casa ni hacienda
que sus libros ó sus tablas
y aquella choza pequeña,
vivimos los dos partiendo
él el cielo y yo la tierra.
Con esta inclinacion, si es
que es inclinacion la fuerza,
salí hoy al monte. Seguida
de la montaraz caterva
de sabuesos y ventores,
lancé una manchada cierva;
tras ella siguiendo el rastro
me hallé, perdida la senda,
sola en lo más intrincado
de unas marañadas breñas.
Las ramas apartar quise,
cuando una boca funesta
descubro, que de sí arroja
un hombre en forma de fiera:
vivo caduco esqueleto
sobre cuya piel grosera
barba y cabello caín
desmenelados á crenchas.
Vióme, y la voz perturbada,
tardo el paso, macilenta
la faz, viniéndose á mí,
fué tal mi temor...

FÓCAS. Espera,
no prosigas, que no sabes
cuánto en mi ofuscada idea
revuelves de confusiones,
mujer, con lo que me cuentas.

¿Especie de fiera y hombre
todavía se conserva
donde hombre y fiera no hay?
Venid, porque hasta que sepa
qué parecido portento
guarda mis primeras señas,
no he de pasar adelante.

LIBIA. Yo seré, ya que eso intentas,
la que procure guiarte
dando hácia el sitio la vuelta.

FÓCAS. Guía. pues. Tú, hermosa Cintia,
dispon, ya que aquí te quedas,
que el aparatoso ruido
de cajas y voces vuelva.
(Vánse Fócas con los soldados y Libia.)

CINTIA. Disponerlo si haré, pero
quedarme no; porque atenta
á complacer á un tirano,
cuando él sube por aquella
parte, lisonjeado el riesgo,
tengo de subir por esta;
que yendo delante yo,
quizá será la accion nuestra. (Vánse.)

MUTACION.

ESCENA III.

Otro punto en lo más intrincado del monte. Á la derech. del actor una gruta. En el centro de la escena, desde poc más allá del proscenio y en direccion al foro, un grupo de árboles, arbustos y espeso ramaje, por detrás del cual habrá una senda practicable.

ASTOLFO, HERÁCLIO y LEONIDO, vestidos de pieles.

AST. ¡Detente, Leonido!

LEONIDO. ¡Aparta!

AST. ¿Es posible que á tan ciega
resolucion, excediendo
los cotos de mi licencia,
hoy temerarios mi vida
aventureis y la vuestra,

llegando á donde?...

LEONIDO. ¿Qué quieres,
si esa música que suena
tan nuevamente á mi oido
apacible y lisonjera,
tanto mi espíritu mueve,
tanto mi atencion despierta,
y tanto mi afecto inclina,
que tras su acento me lleva
absorto y suspenso?...

HER. ¿Qué
quieres, si ese horror que llena
de nuevo escándalo el aire
obra en mí con tanta fuerza
que, tras su estruendo inflamado,
con no sé qué ardor intenta
ser volcan que enciende todos
mis sentidos y potencias?
(Suena música dentro.)

LEONIDO. ¿Pero qué mucho, si habiendo
tantas veces oido en esta
soledad la dulce salva
con que con arpadas lenguas
las aves la bienvenida
dan á rosas y azucenas,
nunca en su métrico canto
oí música que suspenda
tanto como esta, que hoy,
con la ventaja que lleva
lo sentido á lo trinado,
se entiende sin que se entienda?
(Suenan dentro cajas y clarines.)

HER. ¿Más qué mucho, si yo habiendo
tantas veces en la densa
estacion del año oido
el rumor con que se quejan
atormentadas las copas
de las ráfagas violentas
de los vientos. las montañas
de las avenidas fieras
de los arroyos, las nubes
de las cóleras inquietas

de los relámpagos, nunca,
oí estrépito que mueva
tanto como el de ese que hoy,
trueno de nube serena,
parece que el corazon
enciende, anima y alienta?

AST. ¡Ay de mí! que esos dos ecos,
que uno irrita, otro recrea,
temo que han de ser la ruina
de los tres.

LOS DOS. ¿De qué manera?

AST. Porque saliendo á buscaros,
al ver que de mí os alejan,
me vió en esa oculta estancia
una mujer; y es bien tema
que con el asombro diga
que me vió, y que...

HER. ¡Aguarda, espera!
¿Por qué, si una mujer viste,
no me llamaste á que viera
yo cómo es la mujer? Puesto
que de cuantas cosas cuentas
que hay en el mundo, ninguna,
siempre que la nombras, llega
á igualar con el halago,
la caricia y la terneza
con que su nombre se escucha;
pues su blando rumor deja
segundo ruido en el alma,
que sin dar razon entera
de lo que quiere decir,
áun con la mitad deleita!

LEONIDO. Yo te agradezco que á mí
no me llamases al verla,
porque al contrario parece
que en mí sus afectos muestra.
Pues siempre que mujer dices,
al oir su nombre tiembla
el corazon, como que
de algun contrario se acuerda,
dejándome su sonido
no sé qué susto, qué pena,

que acá en el alma parece
que áun no sabida atormenta.

AST. ¡Ay Heráclio, qué bien juzgas!
¡Ay Leonido, qué bien piensas!

HER. ¿Cómo puede ser, si son
contrarias las ánsias nuestras,
que él diga bien, y yo y todo
juzgue bien?

AST. Como es cualquiera
mujer pintura á dos visos;
que, vista á dos haces, muestra
de una parte una hermosura
y de otra parte una fiera,
sin que se sepa en cuál puso
el arte más excelencia.
El más familiar amigo
de nuestra naturaleza
es, y el enemigo más
familiar de la fé nuestra.
La media vida del alma
es tal vez; tal vez la media
muerte del alma. No hay
regalo, Heráclio, sin ella,
y sin ella no hay, Leonido,
dolor ni ánsia. De manera
que, mirada á entrambas luces,
hace bien el que la tema,
y hace bien el que la estime;
porque, en igual competencia,
ella da la vida y mata,
ella es la paz y la guerra.
Árbitro del bien y el mal,
da el honor y da la afrenta:
de modo que en este mundo
no existe cosa que sea
tan mala como la mala,
tan buena como la buena.

LEONIDO. Ya que de hoy la novedad
facilita la materia
á que nos hables más claro
que otras veces, no se pierda
la ocasion de verte afable.

Si es bien y mal ¿por qué niegas
á los dos del bien las dichas
ni del mal las experiencias?

HER. Has dicho bien. ¿Hasta cuándo,
padre, negarnos intentas
la libertad? ¿No es ya hora
de que sepamos quién seas
y quién somos, y por qué
á vivir aquí nos fuerzas?

AST. ¡Ay, hijos mios! Sin que hoy
esa novedad me mueva,
la de mi cercana muerte
os adquiere la respuesta.
Y pues ya, jóvenes ambos,
mi vida la edad abrevia,
oid quién sois, el peligro
que al salir de aquí os espera,
y la razon por qué tuve
vuestras fortunas suspensas.
El emperador Mauricio,
cristiano Atlante...

ESCENA IV.

GENTE dentro, DICHOS.

UNOS. ¡Á la selva!

OTROS. ¡Á la cumbre!

HOMBRES. ¡Al monte!

MUJERES. ¡Al llano!

AST. ¡Ay de mí! ¿Qué voces truecan
los pasados ecos?

LEONIDO. Toda
la montaña está cubierta
de gente.

HER. Venciendo vienen
la cumbre.

AST. Sin duda aquella
mujer contra mí amotina
ese vulgo.

LOS DOS. ¿Qué hay que temas?

AST. Que aunque tan desemejado

monte, edad, traje me tengan,
como haya quien me conozca
peligro una vida vuestra.

HER. Aunque hasta aquí es para mí
enigma cuanto nos cuentas,
no en defensa de mi vida,
mas de la tuya en defensa,
al paso les saldré, en tanto
que con Leonido á la cueva
vuelves, y de hojas y ramas
la escondida boca cierras.

LEONIDO. ¿Por qué has de pensar de mí
que he de huir si tú te arriesgas,
cuando primero que tú
les saldré al paso por esta
parte?

HER. Pues yo por estotra.

AST. Leonido, oye: Heráclio, espera.

LEONIDO. Si el riesgo es que te conozcan,
huye tú.

AST. Esperáos.

LEONIDO. Suelta. (Váse.)

AST. Ved, mirad....

HER. Salva tu vida,
que importa más que la nuestra. (Váse.)

ESCENA V.

ASTOLFO.

¡Ay de Leonido y Heráclio
si estos hombres los encuentran!
Y pues seguirlos no puedo,
que intente ocultarme es fuerza,
pues no hay contra ellos indicio
mientras que yo no parezca!
(Éntrase en la gruta.)

ESCENA VI.

CINTIA, HERÁCLIO.

CINTIA. (Dentro.) Dejadme todos á mí,

pues yo he de ser la primera
que lo descubra y castigue.

HER. (Dentro.) No harás, que hay quien le defienda.

CINTIA. (Saliendo.) ¿Quién podrá contra mis iras?

HER. (Dentro.) ¿Ni quién se opondrá á mis fuerzas?
(Saliendo y sorprendiéndose al ver á Cintia.)
Mas ¿qué miro?

CINTIA. (Sorprendida.) Mas ¿qué veo?

HER. ¡Qué bello animal!

CINTIA. ¡Qué fiera
tan espantosa!

HER. ¡Divino
asombro!

CINTIA. ¡Horrible presencia!

HER. Cuanto animoso esperaba,
tanto ya cobarde tiembla
mi corazon.

CINTIA. Cuanto vine
osada, altiva y resuelta,
ya sin mí mi vida dura.

HER. ¡Qué hermosura!

CINTIA. ¡Qué fiereza!

HER. Cizaña de dos sentidos,
pues con hurtados despojos
ántes de verte los ojos
te miraron los oidos,
¿quién eres, que suspendidos
los dejas?

CINTIA. ¿Quién he de ser?
Quien sin llegarse á valer
de honor que despues sabrás,
es una mujer no más.

HER ¿Y qué más que una mujer?
Y si todas son así,
¿cómo hubo hombre que vivió?

CINTIA. ¿Luégo otra no has visto?

HER. No...
aunque presumo que sí.

CINTIA. ¿Cómo?

HER. Como el cielo ví;
y siendo el hombre en el suelo
breve mundo, en su azul velo

bien que ví la mujer fundo,
pues si el hombre es breve mundo,
la mujer es breve cielo.

CINTIA. Y tú que ignorante incurres
en lo que atento mejoras,
pues si como bruto ignoras
no como bruto discurres,
¿quién, eres que al paso ocurres
tan fiero?

HER. No sé.

CINTIA. ¿Quién fué
un anciano que escuché
ser de este monte horror fuerte?

HER. No sé.

CINTIA. ¿Cómo de esta suerte
en él vives tú?

HER. No sé.

CINTIA. ¿Nada sabes?

HER. No indignada
culpa tus iras me den;
que no sabe poco quien
sabe que no sabe nada.
Y aunque estuviera informada
de mí mi ignorancia...

CINTIA. Dí.

HER. Volviera, al ver que te ví,
á ignorar.

CINTIA. ¿De qué manera?

HER. Como de mí no supiera,
aunque supiera de mí.

CINTIA. Pues yo tengo de saber
quién eres. ó de tu vida
mi valor me hará homicida.

HER. ¡Qué poco tendrás que hacer!
(Cintia flecha el arco, y al ir á dispararle, deja caer todas las flechas.)

CINTIA. El temor me hizo perder
las flechas.

HER. ¿Ménos las echas?

CINTIA. ¿Pues no?

HER. No; que si aprovechas
los ojos en dar desmayos,

quedándote con sus rayos
¿qué falta te hacen las flechas?

CINTIA. ¿En tu aspecto lo feroz
cuando en tu estilo lo fiel?
Ó esa voz no es de esa piel,
ó esa piel no es de esa voz:
conque el discurso veloz
de una en otra fantasía
de nieve una estátua fria
en mí va labrando ciego.

HER. En mí la labra de fuego.
(Quedan ambos suspensos.)

ESCENA VII.

DICHOS, LEONIDO, LIBIA y gente dentro. Leonido sale siguiendo á Libia, y se quedan en el lado opuesto al en que están CINTIA y HERÁCLIO.

LEONIDO. Bello escándalo del dia,
que has venido anticipado
á esa gente que te sigue,
porque al mirarte me obligue
á que me halle mi cuidado
suspenso, absorto y turbado,
¿quién eres?

LIBIA. Quien á buscar
vino á otro, y en su lugar
te halla; porque, en susto tanto,
doblándose en tí el espanto
en mí se doble el pesar.

LEONIDO. ¿Otro buscas y no á mí?
Segundo susto eres ya.

LIBIA. ¿Pues qué cuidado te da
que no busque á quien no ví?

LEONIDO. No sé; pero aunque temí
que á darme muerte venía
tu arrogancia, como vía
cuán dulce muerte me daba,
sentía que me mataba
sin sentir que lo sentía.
Mas cuando buscando vas

á otro, tan otro el mal es,
que echo ménos que me des
la muerte que no me das.
¿Á quién, dí, buscando estás?

LIBIA. Á un anciano que hoy aquí
en tu fiero traje ví.

LEONIDO. ¿Luégo tú vienes á ser,
bello hechizo, la mujer
que él dice que le vió?

LIBIA. Sí.

LEONIDO. Luégo bien conmigo lucho
si ser vida y muerte creo.

MUJERES. (Dentro.) ¡Cintia, Cintia!

HER. Mas ¿qué veo?

HOMBRES. (Dentro.) ¡Libia, Libia!

LEONIDO. Mas ¿qué escucho?

HER. Mucho es mi recelo.

LEONIDO. Mucho
mi temor.

MUJERES. (Dentro.) ¡Espera!

HOMBRES. (Dentro.) ¡Aguarda!

CINTIA. Gente es que viene en mi guarda.

LIBIA. Gente es que seguirme intenta.

HER. Pues si tu luz me amedrenta,
su fuerza no me acobarda.

LEONIDO. Pronto verás que no ha sido
vil temor el que me ha dado;
pronto verás que el que ha estado
suspenso lidia atrevido.

HER. De cuantos hoy te han seguido
ninguno aquí ha de llegar. (Váse.)

LEONIDO. Ninguno ha de traspasar
el término que pasaste. (Váse.)

CINTIA. Corazon, el temor baste.

LIBIA. Recelo, baste el pesar.

CINTIA. Y pues saliendo al camino
con otras dará, de él quiero
huir, que á su asombro muero.

LIBIA. Y pues á otras manos vino,
huir su vista determino.

(Mientras Cintia pasa por detrás del grupo de árboles del centro al lado en que estaba Libiia,

ésta pasa por el proscenio á donde se hallaba Cintia. Vuelven á salir Heráclio y Leonido y las hallan trocadas.)

HER. Corriendo al fin desmandada
la gente, sin que la entrada
halle á este sitio volvió.

LEONIDO. Sólo aquí la voz llegó;
y pues por ahora nada
hay que temer, vuelva á ver
al encanto de esta selva.

HER. Y así de un riesgo á otro vuelva
al que da más que temer.

LEONIDO. Iman fué tu rosider.

HER. Norte ha sido mi deseo.

LEONIDO. Aquí lo que dudo creo.

HER. Aquí lo que toco admiro.

LIBIA. ¡Cielos, nuevo monstruo miro!

CINTIA. ¡Cielos, nuevo monstruo veo!

LEONIDO. ¿Cómo en tan breves instantes
truecas las señas primeras?
Bien me dijeron que eras
animal de dos semblantes.

HER. Justo es que al verte me espantes;
que aunque las rudezas mias
ya sabían que podías
mudar la cara á dos haces,
no sé si bien ó mal haces
en trocar la que tenías.

LEONIDO. Mas justo es agradecer
la mudanza que hallo en tí,
pues aunque bella te ví
más bella te llego á ver.

HER. Y pues vuelvo á pretender,
cobradas flechas y aljabas,
la muerte que ántes me dabas,
porque la agradezca más
no me mates como estás,
mátame como te estabas.

LIBIA. Yo soy quien debe extrañar
el verte tan otro aquí.

CINTIA. Yo soy quien puede de tí
las nuevas señas dudar.

LIBIA. Mas no es tiempo de apurar... (Yéndose.)
CINTIA. Mas no es tiempo de argüir... (Yéndose.)
LIBIA. De tu bruto discurrir
la causa.
CINTIA. De tu rudeza
la ocasion.
LEONIDO. No tu belleza
se ausente.
HER. No te has de ir.
LIBIA. Ten la mano, pues dejarte
basta sin darte la muerte.
CINTIA. No me toques, que en tan fuerte
riesgo basta el no matarte.
LEONIDO. No has de irte.
HER. No has de ausentarte.
UNOS. (Dentro.) ¡Libia!
OTROS. (Dentro.) ¡Cintia!
LIBIA. ¡Hácia este puesto
venid!
CINTIA. ¡Llegad, llegad presto,
que aquí las fieras están!

ESCENA VIII.

DICHOS, FÓCAS, SOLDADOS y ACOMPAÑAMIENTO. Salen por distintos lados y se agrupan en el proscenio. Luégo ASTOLFO.

FÓCAS. (Dentro.) Voces Libia y Cintia dan.
(Saliendo.) Acudid todos! ¿Qué es esto?
CINTIA. Que habiendo el monte corrido...
HER. (Al verla.) Dame albricias, corazon,
que no son dos los semblantes,
sino las mujeres dos.
CINTIA. En esta parte encontré
á este espanto.
LIBIA. Yo á este horror,
sin que el anciano parezca.
FÓCAS. Fieras, en quien viendo estoy
de mi primero linaje

la bruta especie, ¿quién sois?

LEONIDO. No sabemos de nosotros
más de qué solo nos dió
este monte la primera
cuna, alimento el verdor
de sus plantas, y este traje
de sus brutos lo feroz.

FÓCAS. Hasta ahí supe yo de mí;
pero vosotros mejor
lo sabreis, pues un caduco
anciano hay más que los dos.
¿Dónde está?

LEONIDO. De él no sabemos.

HER. Ni tú sabrás.

FÓCAS. ¿Cómo no?
(Á los soldados.)
Registrad grutas y quiebras
de este risco, que mostró
que por más impenetrable
será en él su habitacion.

SOLD. Aquí de ramas cubierta
hay una boca.

LIBIA. Y si yo
vuelvo á recorrer las señas,
aquí le encontré, señor.
(Heráclio y Leonido corren á ponerse á la boca de la gruta en son de defender su entrada.)

FÓCAS. Entrad, pues, mirad su centro.

LEONIDO. Nadie ose llegar, si no
quiere ántes morir.

FÓCAS. ¿Pues quién
lo impedirá?

LEONIDO. Mi valor.

HER. Y el mio; porque primero
que á esta lóbrega mansion
ninguno entre, en su defensa
hemos de morir los dos.

FÓCAS. Pero insensatos, ¿no veis
cuánto vuestra pretension
es imposible?

LEONIDO. Llegad,
y lo vereis.

FÓCAS. Á un error
tan desatinado mueran,
mueran pues!

AST. (Saliendo de la gruta.) ¡Aqueso no!
Si ellos han de morir, ménos
importa que muera yo.
Matadme á mí, y ellos vivan.

FÓCAS. ¿Qué es lo que mirando estoy?

LIBIA. Al que yo ví.

CINTIA. ¡Qué portento!
Llena estoy de confusion.

FÓCAS. Yerto cadáver en quien,
á despecho del veloz
tiempo, á pesar de las canas
é injuria de escarcha y sol,
todavía en mi memoria
guarda la imaginacion
aquellas primeras señas
con que te ví embajador,
¿cómo aquí?... Pero no quiero
que te amenace mi voz,
cuando debo, agradecido
al no esperado favor
del hallarte, las albricias.
Alza del suelo, y tu voz
me diga si es de Mauricio
el hijo que reservó
de mis iras tu lealtad
uno de estos.

AST. Sí señor:
hijo del noble Mauricio
es el uno de los dos,
á quien (porque nunca diera
en manos de tu furor)
crié en estos montes, sin que
sepa quién es ni quién soy.
Porque el tenerle así tuve
á inconveniente menor
que el mirarle en tu poder,
ni de una gente que dió
obediencias á un tirano.

FÓCAS. Pues mira cuán superior

el hado á la diligencia
manda. ¿Cuál es de los dos?

AST. Que es uno de ellos diré;
pero cuál es de ellos no.

FÓCAS. ¿Qué importa ya que lo calle,
si es inútil pretension
para que no muera? Pues
matando á entrambos, estoy
cierto de que muera en uno
el que aborrezco, y que no
turbará nunca el imperio.

HER. Á ménos costa el temor
podrá asegurarse.

FÓCAS. ¿Cómo?

LEONIDO. Vengando en mí tu aversion;
que yo, á precio de ser hijo
de un supremo emperador,
daré contento la vida.

HER. Si en él dicta la ambicion,
en mí la verdad.

FÓCAS. ¿Por qué?

HER. Porque yo sé que lo soy.

FÓCAS. Tú lo sabes?

HER. Sí.

AST. ¿Pues quién
te lo ha dicho?

HER. ¡Mi valor!

FÓCAS. ¿Entrambos para morir
competís por el blason
de hijos de Mauricio?

LOS DOS. Sí.

FÓCAS. (Á Astolfo.) Dí tú, ¿cuál de los dos?

LOS DOS. ¡Yo!

AST. Que es uno mi voz ha dicho;
cuál es no dirá mi amor.

FÓCAS. Eso es querer, por salvar
uno, que parezcan dos.
Soldados, mueran entrambos.

AST. Tú lo pensarás mejor.

FÓCAS. ¿Por qué?

AST. Porque no querrás,
ya que el uno te ofendió

en vivir, te ofenda el otro
en morir.

FÓCAS. ¿Por qué razon?

AST. Porque es el otro tú hijo;
de cuya verdad te doy
para testimonio esta
lámina que á mí me dió
con él, y con la noticia
de ser tuyo, la afliccion
de aquella villana en quien
fué tan parlero el dolor. (Dále una lámina.)

FÓCAS. ¿Qué escucho y qué miro!

CINTIA. ¡Extraño
suceso!

FÓCAS. ¿Quién, cielos, vió
que cuando de mi enemigo
y mia buscando voy
la ignorada descendencia
entre recelo y temor,
tan equívocas encuentre
una y otra sucesion
que impida el golpe del odio
el escudo del amor?
Mas tú dirás uno y otro
quién es.

AST. Eso no haré yo!
Tu hijo ha de guardar al hijo
de mi rey y mi señor.

FÓCAS. No te valdrá tu silencio;
que la natural pasion
con experiencias dirá
cuál es mi hijo de los dos.

AST. No te creas de experiencia
de hijo á quien otro crió;
que apartadas crianzas tienen
muy sin cariño el calor
de los padres, y quizás
errando la inclinacion
darás la muerte á tu hijo.

FÓCAS. Con eso el duro rigor
de dártela á tí me impones
si no declaras quién son.

AST. Así quedará el secreto
en seguridad mayor.
FÓCAS. Pues no te daré la muerte,
caduco, loco, traidor,
sino guardaré tu vida
en encierro tan atroz,
que lo prolijo en morir
te saque del corazon
á pedazos el secreto.
(Échale en el suelo y levántanle los dos.)
HER. No le ultraje tu furor.
LEONIDO. No tu saña le maltrate.
FÓCAS. Pues qué, ¿amparáisle los dos?
LEONIDO. Si él nuestra vida ha guardado,
¿no es primera obligacion
de todas guardar su vida?
FÓCAS. ¿Luégo á ninguno mudó
la vanidad de que pueda
ser hijo mio?
HER. Á mí no.
Pues más quiero morir hijo
de un supremo emperador,
que vivir de una villana
hijo natural.
LEONIDO. Y yo.
Que aunque ser tu hijo tuviera
á soberano favor,
no me ha de exceder á mí
Heráclio en la presuncion
de ser lo más.
FÓCAS. ¿Y es lo más
Mauricio?
LOS DOS. Sí.
FÓCAS. ¿Y Fócas?
LOS DOS. ¡No!
FÓCAS. ¡Ah venturoso Mauricio!
¡Ah infeliz Fócas! ¿Quién vió
que para reinar no quiera
ser hijo de mi valor
uno, y que quieran del tuyo
serlo para morir dos?
(Á Astolfo.) Y pues del fatal secreto

que tanto importa á mi amor
sólo eres dueño, volviendo
á mi primera intencion
te harán hablar hambre y sed,
desnudez, frio y dolor.
(Á los soldados.)
¡Llevadle preso!

LEONIDO. Primero
arrestados en su pro
nos verás!

FÓCAS. Eso es querer
qué, abandonado el amor
con que al uno busqué, en ambos
se vengue mi indignacion.
¡Á todos tres los prended!
(Los soldados avanzan á cumplir la órden, y se detienen al ver la fiera actitud de ambos.)

HER. Primero pedazos yo
me dejaré hacer!

LEONIDO. Primero
morireis todos!

FÓCAS. Su error
los castigue! ¿Qué esperais?
(Á los soldados.)
Si no se dan á prision,
mueran!

AST. No mi vida, hijos,
así os empeñe.

LIBIA. (Á Fócas, suplicante.) Señor...

FÓCAS. Nada me digais; que al ver
que hay quien desdeña mi honor,
tengo un volcan en el pecho
y un Etna en el corazon. (Váse.)

CINTIA. (Ap. y siguiendo á Fócas con Libia, las damas y el séquito, y mirando á Heráclio enternecida.)
¡Oh, quién pudiera impedir
tantas desventuras hoy!
(Vánse. Mientras estas últimas palabras de Fócas y Cintia, Heráclio dice algunas en secreto á Leonido, que las acoge con sonrisa de satisfaccion, asintiendo á ellas. Los soldados, que se adelantan á prenderlos, se detienen al decirles Leonido con

imponente ademan.)

LEONIDO. Un momento.

HER. (Á Astolfo en voz baja, y con suma rapidez.)
En el ocaso
ya oculta su llama el sol:
escóndete en la espesura!

LEONIDO. (Á Astolfo del mismo modo.)
Aquí quedamos los dos
para estorbar...

AST. Yo no os dejo.

LEONIDO. ¿Dudas de nuestro valor?

HER. Sálvate para salvarnos!

LEONIDO. Huye al instante, ó por Dios!...

HER. ¡Huye!...
(Ambos le empujan fuera de la escena. En seguida cada cual de ellos se lanza sobre un soldado, le arranca la espada, y armades, defienden la huida de Astolfo.)

SOLD. ¡Corred tras el viejo!

HER. No será, que mi furor
os lo ha de impedir.

LEONIDO. ¡Y el mio,
rayo que el cielo abortó!
(Luchan, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO PRIMERO.

Salon del palacio de Fócas.

ESCENA PRIMERA.

CINTIA y LIBIA: ésta sentada á los piés de aquella.

CINTIA. Parecidas fortunas
dan á entender ser las estrellas unas;
y de esta simpatía
se engendran los cariños.

LIBIA. Pues la mia
¿en qué, señora, pudo confrontada
simbolizar la tuya?

CINTIA. En la pasada
accion, donde, llegando las primeras,
fuimos las que de aquellas creídas fieras
el centro descubrimos,
y las primeras que en su estilo vimos
que tenía, tratable la rudeza,
escondida no ménos extrañeza

que la que el caso infiere.
Y por si alguna vez hablar quisiere
en lo turbada que al mirar me tuvo,
ántes tan fiero. al que despues estuvo
conmigo tan rendido,
con Fócas tan severo,
que osó morir primero
que creer lo ménos noble á su destino,
y, en fin, tan leal, tan fino
con la piedad del venerable anciano,
es bien que á tí te tenga más á mano.
Así por uno y otro he de llevarte
conmigo.

LIBIA. Otra y mil veces á besarte
vuelvo la mano. Pero cuando se halla
mi padre...

CINTIA. No prosigas: calla, calla;
que, la gente dejando,
Fócas con él viene en secreto hablando.

LIBIA. Pues si es secreto, demos
para él lugar; de aquí nos retiremos.

CINTIA. ¿Cuánto mejor será, ya que aquí estamos,
pues es secreto...

LIBIA. ¿Qué?

CINTIA. Que lo sepamos

LIBIA. Pues si de eso te agradas,
desde aquí los oigamos, amparadas
de esta cortina.

CINTIA. Ven. (Ocúltanse.)

ESCENA II.

FÓCAS, LISIPO: CINTIA y LIBIA escondidas.

FÓCAS. Agradecido,
Lisipo, á la ocasion de tu destierro
(que ya sé que fué en órden á que el yerro
del de Calabria amenazó tu ciencia,
por negar á mis feudos la obediencia),
y aunque por más que de esto
á darte el galardon estoy dispuesto,

otro es el fin con que hoy honrarte trato.

LISIPO. Á tanto honor no me hallarás ingrato.

FÓCAS. Yo vine...

LISIPO. Ya lo sé: con ansia fuerte
de dar una corona y una muerte.

FÓCAS. Cuando tarde esperaba
que hallase mi deseo á quien buscaba,
vine á encontrar con él al primer paso.

LISIPO. Estudio es de los cielos el acaso.

FÓCAS. Mas con tan rara confusion, tan nueva,
como es el no saber á quién se deba
el odio ni el amor.

LISIPO. Para ese efeto
prender mandaste al dueño del secreto.

FÓCAS. Pusiéronse los dos en su defensa.

LISIPO. Fué noble accion.

FÓCAS. Así el valor lo piensa,
juzgando, al ver áun contra mí sus bríos,
que eran entónces ambos hijos mios.
Huyeron por las sombras amparados
Astolfo y ellos dos, y en tal suceso
mandé sitiar el monte á mis soldados [preso.
y que al que encuentren traigan muerto ó
Mas ahora, pues yo sé que la experiencia,
Lisipo, de tu ciencia
lo más oculto alcanza,
y pues fundo en tus artes mi esperanza,
dime: ¿cuál es mi hijo?

CINTIA. (Oculta, á Libia.) ¡Oh, quién pudiera
Libia, estorbarlo!

LIBIA. Yo.

CINTIA. ¿De qué manera?

LIBIA. Habla á mi padre tú, mientras retiro
á Fócas yo.

FÓCAS. Si en tu noticia miro
logrado mi deseo, que has de verte
piensa...

LISIPO. No más. El que...

LIBIA. (Dentro.) ¡Que me dan muerte!
¡Fócas! ¡Padre! ¡Señor!...

LISIPO. ¡Ay de mí! Aquella
voz es de Libia.

FÓCAS. Corro á socorrella. (Váse.)
LISIPO. Yo voy...

ESCENA III.

LISIPO, CINTIA.

CINTIA. (Deteniéndole.) Cobra la accion helada y fria.
Esa voz no es de Libia, sino mia.
LISIPO. ¿Tuya es?
CINTIA. Mia: con ella á estorbar llego
que pueda tu noticia hacer que, ciego
de ira, Fócas dé muerte
al hijo de Mauricio; que es muy fuerte
dolor que, cuando el desengaño acuda,
valga una vida ménos que una duda.
Y pues al cielo ofendes, si á él le obligas,
muévate la piedad; no se lo digas,
ó verás, siendo otro tu homicida,
si es buen precio una duda de una vida!
(Vuelve á ocultarse.)
LISIPO. Pues ¿cómo si...

ESCENA IV.

LISIPO, FÓCAS, LIBIA.

FÓCAS. Detente.
No tu cansada edad el paso aliente:
desvía ya el temor; delirio ha sido
de un sueño.
LIBIA. Tan ladron de mi sentido
robado le tenía
con las especies de la fantasía,
que debieron veloces
(yo no lo sé) de prorumpir en voces.
LISIPO. En albricias del gusto
de verte libre, te perdono el susto.
Retírate de aquí.
(Váse Libia á donde está Cintia.)
LIBIA. (Á Cintia.) ¿Qué ha sucedido?
CINTIA. Que ya está del silencio prevenido.

FÓCAS. Pues el daño, Lisipo, que esperamos
fué una ilusion, prosigue.
LISIPO. ¿En qué quedamos?
FÓCAS. En que, áun ántes de vellos,
los has de conocer.
LISIPO. Sí; porque de ellos
tu hijo es...
CINTIA. (¡Ay infelice!)
LISIPO. El que...
CINTIA. (Sobre mi aviso se lo dice!)
LISIPO. El que... (Finge no poder hablar.)
FÓCAS. ¿Que te enmudece?
LISIPO. No lo sé: sólo sé que me estremece,
al nombrarle, un temor.
FÓCAS. ¿Qué te acobarda?
LISIPO. Cierta deidad que esotra vida guarda.
Tú no la ves; yo sí: enojada y bella,
con el dedo en los labios los mios sella.
No me mandes que diga,
pues á callar otro poder me obliga,
lo que ni sé ni puedo...
¡Qué ansia, qué espanto! (Váse.)

ESCENA V.

FÓCAS, y á poco CINTIA y LIBIA.

FÓCAS. Y ¡qué pavor, que miedo
es el que ha introducido
tu asombro en mí! Mas ¿cómo yo á partido
doy mi furor, si todo el cielo opuesto
á mí no ha de poder...
CINTIA y LIBIA. (Saliendo.) Señor, ¿qué es esto?
CINTIA. ¿Tú la voz destemplada?
LIBIA. ¿Tú perdido el color?
LAS DOS. ¿Qué ha sido?
FÓCAS. Nada.
Quise que me dijera
Lisipo, por su mágica, la esfera
del hijo de Mauricio;
y, perturbado de un letargo el juicio,
no sé qué alto poder convierte en hielo

su voz.

CINTIA. Yo sí.

FÓCAS. ¿Tú?

CINTIA. Yo.

FÓCAS. ¿Quién es?

CINTIA. El cielo,
que una inocencia ampara.
¿Qué culpa á un desdichado es nacer, para
que á tus cóleras nazca destinado?
¿No le basta nacer á un desdichado?
Pues siendo así, tu gracia á ambos reciba:
á sombra del amor el odio viva.
Y en cuanto á que te deje sospechoso
la duda que te queda
que de Mauricio el hijo alterar pueda
el imperio, es engaño;
pues no constando nunca el desengaño,
podrás dejar de tu laurel la herencia
á quien más te inclinare la experiencia.
Que aunque apagan el fuego las mudanzas
de apartadas crianzas,
¿qué falta el fuego hará, cuando á ver llego
que la sangre no más arde sin fuego?

FÓCAS. Si capaz estuviera
yo de razon, la tuya me venciera.
Mas ¿qué rumor.,.

ESCENA VI.

DICHOS: ASTOLFO, preso, ISMENO y SOLDADOS.

ISMENO. Apénas á la oscura
noche siguió del sol la lumbre pura,
cuando al monte volvimos
y en él á Astolfo desmayado vimos,
sin acudir á reparar sus daños
el fatigoso peso de sus años.
Y como divididos
dejó la noche á todos, esparcidos
por el monte los dos no parecieron;
que quizá por hallarle le perdieron.

AST. Sólo esta vez ufano,

puesto á tus piés, besára yo tu mano.

FÓCAS. ¿Por qué ufano esta vez?

AST. Porque me advierte
mi ventura que al fin logré mi muerte.

FÓCAS. Yo, Astolfo, aunque no prudente
sea, hoy he de parecerlo
en mudar consejo. Ya
no tan sólo no me ofendo
de tu lealtad, pero ántes
en la parte te agradezco
de la crianza de un hijo;
bien que empieza el argumento
de que le tenga por tí,
cuando por tí no le tengo.
Y pues el semblante miras
mudado con el consejo,
dime cuál es de los dos,
y con el otro te ofrezco
templar la cuerda á mi enojo.

AST. Si yo, señor, poco atento
á Dios, á mi fe y á tí,
pensara engañarte, es cierto
que con trocar á los dos
viera al hijo de mi dueño,
aunque con nombre de tuyo,
restituido en su imperio,
y que si al otro matabas
matabas al tuyo. Pero
sobre que no quiera Dios
que yo dé ni quite reinos,
es tan igual, es tan una
la fé con que á los dos quiero,
que ántes que hablando aventure
al uno, moriré. Y puesto
que no tengo de mentirte,
ni decirte verdad tengo,
toma la resolucion
que quisieres; advirtiendo,
señor, que no será mucho
que cuando leal y cuerdo
te da mi silencio un hijo,
dés otro tú á mi silencio.

FÓCAS. Cuantas razones escucho
y cuantas acciones veo,
todas me arguyen, y todas
me convencen; y aunque tengo
tan en el alma arraigado
el rencor, esta vez quiero,
con poco usada templanza,
moderar mis sentimientos.
Vive tú, pues, y ellos vivan,
hasta que diga el afecto
de la sangre la verdad.
Y pues ya conmigo intento
que asistan los dos y sean
iguales sus tratamientos,
dime, con este seguro,
dónde los hallaré.

AST. Eso
mal puedo saberlo yo.

FÓCAS. Fuerza será que de nuevo
se registre todo el monte.

CINTIA. Quizás, señor, es perderlos;
pues no sabiendo á qué fin
vuelven gente, armas y estruendo,
á la fuga ó la defensa
los aventuras.

LIBIA. Es cierto.

FÓCAS. Pues, ¿qué he de hacer?

AST. Yo, señor,
ya que reducido creo
tu enojo al mejor partido,
daré para hallarlos medio.
Manda que dulces clarines
y músicos instrumentos
rompan los aires, bien como
otra vez que los oyeron;
pues no dudo que escuchando
festivos hoy sus acentos,
lo que hizo el acaso ántes,
ahora lo haga el intento.
Así advertirlos podrá
cualquiera que llegue á verlos
de tu resguardo.

FÓCAS. Bien dices.
LIBIA. Pues si te agrada el consejo,
supuesto que no has de ir
tú con tu gente, me ofrezco
á ir con la música yo.
CINTIA. Ya que ella eligió primero,
iré con gente y clarines.
FÓCAS. Á entrambas os lo agradezco.
(Á Astolfo.) Y tú, porque no presumas
que me burlaste sin riesgo,
tus dias has de acabar
dentro de una torre preso.
¡Llevadle de aquí en seguida!
AST. ¡Ay lealtad, en qué me has puesto!
¡En qué me has puesto, fortuna!
(Vánse todos ménos Fócas.)

ESCENA VII.

FÓCAS: luégo LISIPO.

FÓCAS. ¿No me dirás, pensamiento,
cuál experiencia en los dos
hiciera, que fuera medio
de dar luz al desengaño
y aclarar este misterio?
¿Cómo saber... Mas Lisipo
ya vuelve aquí. ¿Qué hay de nuevo?
LISIPO. Que apenas, señor, cobrado
de aquel frenesí violento
me hallo, cuando cuidadoso
de haber visto á Astolfo preso,
á saber lo que resulta
de tan gran novedad vengo.
FÓCAS. ¿Qué ha de resultar, sino
que (á pesar del sufrimiento)
haya de capitular
con la pereza el deseo,
hasta que más gratas horas,
aquilatados los pechos,
muestren el oro y la liga
amor y aborrecimiento?

LISIPO. Aunque todavía me tiene
temeroso aquel suceso,
por ver que á mi ciencia niega
quienes son, con todo eso
he de ver si tambien manda
que no se anticipe el tiempo.
¿Tendrás ánimo...

FÓCAS. ¿Qué dices?
¿Estás sin juicio, sin seso?
¿Si tendrá ánimo preguntas
á Fócas?

LISIPO. Que oigas te ruego.
¿Tendrás ánimo de ver,
en fantásticos efectos,
á la breve edad de un dia
reducido hoy el entero
círculo de un año, en que
representados sucesos,
ántes de verse, te digan
todos los acaecimientos
que en el año vieras?

FÓCAS. Ya
cuanto al ánimo te tengo
respondido; y así paso
á otra objecion que no entiendo.
Si han de ser fingidas sombras
sin vida, sin alma y cuerpo
las que vea, ¿cómo yo
de ellas haré juicio, puesto
que, obrando sin albedrío
los que á ley de tu precepto
representen á los dos,
ni saber ni inferir puedo
lo que ellos con él obráran?

LISIPO. La objecion es justa, pero
fácil la respuesta.

FÓCAS. ¿Cómo?

LISIPO. Como han de ser ellos mesmos.

FÓCAS. ¿Ellos mesmos?

LISIPO. Sí.

FÓCAS. Otra vez
dime: ¿cómo (á dudar vuelvo)

sombra y realidad podrán
avenirse?

LISSIPO. Como dentro
del encanto han de ser reales
personas...

FÓCAS. ¿Quién?...

LISSIPO. Tú, yo y ellos.

FÓCAS. ¿Ellos, tú y yo?... ¿Cómo?

LISSIPO. Dime
si quieres, y en el momento
podrás ver lo que deseas
con tal ansia.

FÓCAS. Pues sí quiero.

LISSIPO. Ven conmigo.

FÓCAS. Si hoy, fortuna,
el curso del año abrevio,
y en él me dice un exámen
lo que me calla un silencio,
yo me vengaré de Astolfo! (Vánse.)

MUTACION.

Monte espeso.

ESCENA VIII.

HERÁCLIO y LEONIDO, que salen por lados opuestos.

LEONIDO. ¡Astolfo!

HER. ¡Astolfo!

LEONIDO. Áun el eco
no me responde.

HER. Áun le faltan
suspiros para mi aliento.

LEONIDO. ¡Heráclio!

HER. ¡Leonido!

LEONIDO. ¿Ha estado
contigo Astolfo?

HER. Lo mesmo
preguntára yo, á tener

tan bien mandado el aliento.
Desde aquella oscuridad
que nos dividió, no he vuelto
á verle.

LEONIDO. Ni yo tampoco.

HER. ¿Si le han prendido ó le han muerto
los que arrestados le buscan,
segun mi infeliz suceso?

LEONIDO. De todo tienes la culpa.

HER. ¿Yo? Cómo?

LEONIDO. ¿Pues no es muy cierto,
si tu vanidad fué quien
más adelantó el empeño?
¿Tan mal le estaba al que nace
echado al umbral de un yermo,
hijo expósito del hado,
hallarse al viso de serlo
de quien coronado César
supo hacerse por sus hechos,
para que, estimando más
á Mauricio que á él, el fuego
encendiese de sus iras
al aire de sus desprecios?

HER. ¿Por qué, si fué culpa en mí
esa vanidad, tan presto
la seguiste tú?

LEONIDO. Porque
debe, aunque conozca el yerro,
un noble ánimo seguir
los ejemplares del riesgo;
que dicen que es más victoria
lo restado que lo cuerdo.
¿Fuera bien que presumiera
nadie, cuando tú soberbio
osabas morir, que yo
no osaba?

HER. Pues, segun eso,
¿qué culpas que obré lo más?

LEONIDO. El que bastaba lo ménos.

HER. Si á ti bastaba, á mí no,
y la plática dejemos. (Suenan músicas.)

LEONIDO. Pero ¿qué música es esta?

Cuando esperamos que estruendos
de armas vuelvan á buscarnos,
¿vuelven dulces instrumentos?

LEONIDO. Sigamos de este rumor
el armonïoso acento;
que él, pues que viene de paz,
quizá del cuidado nuestro
nos informará. (Váse.)

HER. Bien dices.

ESCENA IX.

HERÁCLIO y CINTIA.

CINTIA. Ya al uno de los dos veo,
y no le pierdo el temor,
aunque el asombro le pierdo.

HER. Segunda aurora del dia,
si esos tonos, que no entiendo,
acaso son salva que hacen
nuevos pájaros á nuevo
sol, ¿cómo, dí, de una causa
nacen contrarios efectos,
tanto como que, animoso
y cobarde á un mismo tiempo,
me aliente con lo que escucho,
y tiemble con lo que veo?
¿Y cómo, habiéndote dado
esta fiera tanto miedo,
vuelves, no digo al peligro,
sino al horror del aspecto?

CINTIA. Infeliz jóven (en quien
preso el corazon contemplo),
aunque tu vida temí,
me aseguró tu respeto
tanto, que vuelvo á buscarte.

HER. Primer hermoso portento
que ví, y postrero tambien
que veré, porque no creo
que pueda contigo ir
la perfeccion en aumento,
¿tú á buscarme á mí?

CINTIA. Á buscarte.
Mas no el desvanecimiento
te persuada á que es favor,
sino cuidado, supuesto
que si encontrara á tu amigo
á él le dijera lo mesmo.

HER. ¿Qué no entendido lenguaje
es ese, que lo agradezco
en una parte, y en otra
me parece que lo siento?
¿Á mí me buscas, y á él
le buscáras? ¿Lo que espero
que me digas le dijeras?
¡Ay de mí, que agora veo
que ya que en mudar semblantes
me engañó el primer concepto,
no me ha engañado el segundo
al cifrar en un sujeto
la quietud y la tormenta,
la tristeza y el contento,
y finalmente...

CINTIA. No más.
Y pues dora atrevimientos
quien ignora con quién habla,
oye y sabrás á qué vengo.
Habiendo prendido á Astolfo...

HER. ¡Ay de mí! ¿Astolfo está preso?

CINTIA. Persuadido á sus razones,
si no á las mias primero,
Fócas envía por tí.

HER. ¿Es posible? Segun eso
debió de decirle que era
su hijo yo.

CINTIA. ¿Y qué sientes?

HER. Siento
que, cuando desvanecido
quisiera con vivo empeño
ser á tus ojos lo más,
soy en tus labios lo ménos.

CINTIA. ¿Y no pudiera ser que
por tí enviara, sabiendo
serlo de Mauricio?

HER. No.
CINTIA. ¿De qué lo infieres?
HER. Lo infiero
de que por matarme fuera,
y no vinieras tú á eso;
que no quisiera matarme
con tan hermoso instrumento,
que le pudiera decir:
no blasones que me has muerto;
que no eres tú el que me matas,
que yo soy el que me muero.
CINTIA. Porque sepas que no es
uno ni otro, á decir vuelvo
que Fócas, á mis razones
y á las de Astolfo, ha dispuesto
que tú y esotro Leonido,
si es que del nombre me acuerdo,
vais á su palacio, donde
con iguales tratamientos
vivais los dos sin saber
mas de tí que de él, haciendo
razon de estado la duda.
Así, el enojo depuesto,
con señas de paz por ambos
envía; y pues yo te encuentro,
sea yo la que conmigo
te lleve, porque deseo
que mi fineza se logre.
HER. Buen arbitrio halló el ingenio
que me quiso reducir
al yugo de sus imperios,
pues supo hallar el imán
de mis sentidos; que, ciegos
girasoles, es forzoso
que vayan al sol siguiendo.
Guía pues. No porque voy,
como dices, á un supremo
alcázar, sino porque
voy tras tí; que á no ser eso,
primero que á Fócas diera,
por el natural despego
con que aborrezco su nombre,

ni la sombra de un afecto,
quizá...

CINTIA. Pues á nadie digas
tu oculto aborrecimiento,
que ignoras lo que aventuras.
Porque veas... Mas no puedo
proseguir, que llega gente:
lo que ahora no te advierto
te diré en otra ocasion,
porque te importa el saberlo.

ESCENA X.

DICHOS: LIBIA, LEONIDO y acompañamiento.

LIBIA. Ya que yo tuve la dicha
de hablarte con el intento
que te he dicho, de que vas
donde en el palacio excelso
de Fócas vivas gozoso,
sígueme.

LEONIDO. Ya te obedezco,
agradecido á la causa
que dices, si considero,
dure ó no dure la duda,
que á vivir voy por lo ménos
este espacio en reales pompas
altivo, alegre y contento.

CINTIA. ¡Libia!

LIBIA. Señora...

CINTIA. Pues ántes
que lo digas el efecto
lo dice, y que á la armonía
acudió Leonido á tiempo
que á los clarines Heráclio,
vamos á palacio luégo,
ufanas de haber logrado
de Fócas el justo intento.

HER. Sin duda la más hermosa
tiene en las demas imperio,
pues todas se le avasallan.

LEONIDO. No sólo ya el gozo llevo

de ir á mandar, sino el gozo
de que voy á dónde puedo
ver hermosura á quien todas
parece que pagan feudo.

CUADRO SEGUNDO.

Salon fantástico entre risueños verjeles.

ESCENA PRIMERA.

HERÁCLIO y LEONIDO, ricamente vestidos: LISIPO y CORTESANOS.

HER. Cuanto veo, cuanto escucho
¿es verdad ó vanidad
de mis sentídos?
LISIPO. Verdad.
LEONIDO. Los asombros con que lucho
¿son, cuando en tal confusion
el sentido los admira,
mentira ó verdad?
LISIPO. Mentira.
HER. ¿Verdad y mentira son?
¿Cómo puede ser?
LEONIDO. ¿Quién vió
la duda en que yo me ví?
HER. ¿No es verdad lo que veo?
LISIPO. Sí.
LEONIDO. ¿No es verdad lo que oigo?
LISIPO. No.

ESCENA II

DICHOS: LIBIA, DAMAS.

LIBIA. Príncipes, á quien el cielo
con prodigiosa crianza,
no sin suma providencia,
para grandes cosas guarda;
Fócas, reducido á que
es más heróica, más clara
accion honrar á la ajena,
que ver que á su sangre falta,
por los dos envió; de cuyo
intento, ya en la montaña
de paz os dieron aviso
una y otra dulce salva.
Seais bien venidos, pues,
á este soberano alcázar,
en donde con alborozo
igual afecto os aguarda.

HER. ¿Cómo no ser bien venidos
donde está belleza tanta?

LIBIA. Esperad aquí: yo á Fócas
voy á anunciar la llegada
de Cintia, á quien obedece
por reina toda Trinacria.
(Váse acompañada de Lisipo.)

ESCENA III.

HERÁCLIO, LEONIDO. Luégo FÓCAS, LISIPO y acompañamiento.

HER. ¡El alma tengo suspensa
mirando grandeza tanta!
¿Esto, cielos, no gozó
tanto tiempo mi ignorancia?

LEONIDO. Aunque es mucho lo que veo,
ó poco me admira ó nada;
porque para mi ambicion
aún más que miro me falta.

LISIPO. (Ap. á Fócas, al entrar con él en la escena.)

Pues cumplí lo prometido,
señor, ya es tiempo que salgas.—
A besar tus manos llegan.

FÓCAS. Bien les asientan las galas.
Briosos son los dos.

LISIPO. (Á Leonido.) El rey
que llegues, señor, aguarda.
(Á Heráclio.) El rey que llegues espera

LEONIDO y HER. Dame, gran señor, tus plantas.

FÓCAS. Ya os habrán dicho que yo,
príncipes, la ira templada,
quiero más dar dos honores
que tomar una venganza.
Ya en un palacio, de donde
á la córte ireis mañana,
os hallais; vivid seguros
de que vuestras vidas guarda,
en la piedad de una duda,
el rigor de una esperanza.

HER. Otra vez tus plantas beso
(tiranía, ¡qué no arrastras!),
y en ellas, agradecido
á tanto honor, dicha tanta,
esclavo, ya que no puedo
hijo, te doy palabra
de reconocer la vida
que en mí y Leonido restauras;
porque viviendo los dos
dos vidas hoy con un alma,
cada uno recibe una
y queda deudor de entrambas.

FÓCAS. (Ap.) ¡Qué bien suena el rendimiento!—
¿Por qué, Leonido, te apartas
y las gracias no me das?

LEONIDO. ¿De qué te he de dar las gracias?
Si es del honor, por cualquiera
lado á mi sangre le alcanza.
Si es de la vida, con ella,
más que me obligas, me agravias,
pues, ó por tí, ó por Mauricio,
acreedor soy á la sacra
diadema; y mientras me pones

en duda dicha tan alta,
¿para qué quiero la vida?

FÓCAS. (Ap.) ¡No suena mal su arrogancia!

ESCENA IV.

DICHOS, LIBIA. Luégo CINTIA y acompañamiento.

LIBIA. Habiendo sabido Cintia
que ya en esta quinta estabas
y los príncipes contigo,
licencia de entrar aguarda
á darles la bienvenida.

FÓCAS. Que llegue la dí.

LISIPO. (Ap. á Fócas.) Repara
que no son Cintia ni Libia
las dos, sino...

FÓCAS. (Ap. á Lisipo.) ¿Qué te cansas
en advertirme, si en todo
estoy?

LEONIDO. ¿Quién es la que aguarda?

HER. ¿Quién es la que espera?

FÓCAS. Es
Cintia, reina de Trinacria.
(Salen Cintia y las damas.)

HER. ¿No es la que en el monte ví?

LEONIDO. ¿No es la que ví en la campaña?

HER. Ella es. ¡Muera mi deseo!

LEONIDO. Ella es. ¡Viva mi esperanza!

CINTIA. (Á Fócas.) Despues, señor, que mis dichas
dádoos el parabien hayan
de vuestra vida y fortuna,
dadme licencia á que añada
el segundo parabien
de que merezca mi casa
que huéspedes tan gloriosos
hoy vengan, cual vos, á honrarla.

HER. (Turbado.) Sólo pudiera en respuesta,
al gozar la soberana
vista vuestra... yo... sí... cuando...
¡Aliento y voces me faltan!

Perdonad; porque el saber
quién sois me turba y espanta
tanto, que áun hablar no puedo.

LEONIDO. (Con resolucion.) Pues diga yo lo que él calla.
Sólo pudiera en respuesta,
al gozar la soberana
vista vuestra, prometeros,
aunque parezca arrogancia,
que si el acaso no hubiera
dispuesto que la gozara
yo por fortuna, tendría
para ventura tan alta,
quien no supo merecerla,
aliento para ganarla.

FÓCAS. (Ap. á Lisipo.) Lo bien y mal explicado
de los dos tambien me agrada,
sin que nada inferir pueda
para el exámen del alma;
porque no está decidido,
en el duelo de las damas,
si es cobarde el que se atreve,
ú osado el que se acobarda.
(Tocan dentro un clarin y sale un criado.)

CRIADO. Señor, un embajador
del régulo de Calabria
audiencia pide.

FÓCAS. Dí que entre.

ESCENA V.

DICHOS: un EMBAJADOR.

LISIPO. (Ap. á Fócas.) Su misma forma retrata,
sucediendo lo que habría
de suceder.

EMB. Á tus plantas
tu augusta mano merezca,
César.

FÓCAS. Del suelo levanta.

EMB. El insigne Federico,
sabiendo que hoy en Trinacria
te encuentras, á tí y á Cintia

parabienes dar me manda:
recordándote por mí
que, siendo hijo de Casandra,
hermana del infelice
Mauricio cuya desgracia
el mundo llora, no sólo
te debe rendir las parias
que al imperio pagó, sino
que, puesto que no se halla
heredero más cercano,
el dia que el hijo falta
le toca el laurel, bien como
dignidad hereditaria.
Y así que le restituyas
dice...

FÓCAS. ¡No prosigas, calla!
Que inobedientes locuras,
tanto como esa, áun palabras
en respuesta no merecen.
Esto que le digas basta.

LEONIDO. No basta, señor. ¿No tiene
este palacio ventanas
por donde volando vuelva
más pronto?

HER. Leonido, aguarda;
que viene sobre seguro
de embajador, y no agravian
los motivos de su dueño
en su boca.

LISIPO. (Ap. á Fócas.) ¿No reparas
en la ira y la cordura
de los dos?

FÓCAS. (Ap. á Lisipo) Sí.
(Al Embajador.) ¿Pues qué aguardas?
¿Ya no llevas la respuesta?

EMB. Que sepas que, en la campaña,
última razon de reyes
es la fuerza de las armas! (Váse.)

FÓCAS. Bien está. Ven, Cintia.

CINTIA. (Á los Príncipes.) El cielo
os guarde. Y pues obligada
al hospedaje me veo,

procuraré que no haya
espacio en que no os diviertan
saraos, fiestas y danzas.

FÓCAS. No paseis los dos de aquí.
Quedaos; en la hermosa varia
estancia de estos jardines
esperad mientras que salga.
(Vánse Fócas, Cintia, las damas y Lisipo.)

LEONIDO. Siempre yo he de obedecerte...

HER. Siempre haré lo que me mandas...

ESCENA VI.

HERÁCLIO, LEONIDO: FÓCAS y LISIPO, al paño. Á poco ASTOLFO.

LISIPO. Desde aquí podrás ahora
ver cómo en un lance andan,
poniéndoles la piedad
en dos iguales balanzas.

UNA VOZ. (Dentro.) Seguidle, y donde le halláreis
matadlo.

AST. (Dentro.) ¡El cielo me valga!

HER. y LEONIDO. ¿Qué es esto?

AST. (Saliendo.) Dichoso yo,
pues que llegué á vuestras plantas!
Supe de vuestra venida;
y, quebrantando las guardas,
rompí la prision, no tanto
porque esto mi vida salva,
cuanto por ver que logró
mi silencio su esperanza;
pues aunque ahora me den
una y mil muertes, me basta
para consuelo el haberos
visto en majestad tan alta.

LEONIDO. ¿En qué majestad nos miras?
¿No es accion tuya villana
quitar á cuya es la gloria
para néciamente darla
á cuya no es?

HER. Mal, Leonido,

lo que le debes le pagas.

LEONIDO. ¿Qué le debo? ¿Lo tirano
de una rústica crianza,
en que, ladron de mi vída,
violenta en riscos la gasta?
¿No fuera mejor, pues supo
quién éramos, que empezara
nuestras fortunas en otros
ejercicios (que lograran
la sangre de nuestros pechos),
donde lo que nos quitaba
el hado por conveniencia,
restituyese por armas?

FÓCAS. (Ap.) Bien discurre, por lo altivo,
Leonido.

HER. Si es cosa clara
que, conocido él, lo fuera
el hijo infeliz que guarda
de Mauricio entre los dos,
¿qué lealtad, dí, se compara
al desterrarse con él?
Y dí, ¿qué piedad iguala,
tambien entre ambos, á que,
sabiendo por la aldeana,
madre del uno, cúyo era,
como tú ves, le guardara
con igual fineza?

FÓCAS. (Ap. á Leonido.) Bien,
por lo cuerdo, Heráclio habla.

LEONIDO. ¿Y es fineza, y es lealtad,
y es piedad lo que ahora calla?
No; pues cuanto anda en uno
piadoso, en otro cruel anda.
Fuera mejor desde luégo
decir la verdad sin trabas,
y muriera el que muriera,
y reinara el que reinara!

HER. No fuera, pues una vida
vale más que un reino.

LEONIDO. Calla;
que el ver que vuelves por él
tanto mi cólera arrastra,

que estoy por...

AST. ¿Por qué, dí, ingrato?

LEONIDO. Por serlo, pues me lo llamas!
Traidor, tirano, caduco...
(Échalo en el suelo, y levántalo Heráclio.)

HER. Del suelo, padre, levanta.

AST. ¡Ay de mi!

HER. Y ya que mi mano
á tí socorrió, mi saña
castigue á un tirano aleve.
(Sacan las espadas.)

LEONIDO. No es muy fácil la demanda.

AST. ¡Hijos, hijos!,..
(Riñen, y cae Leonido.)

LEONIDO. Tropecé
y caí.
(Salen Fócas, Lisipo y Cintia, y procuran interponerse entre Leonido y Heráclio.)

FÓCAS. (Á Heráclio.) ¡Detente!

CINTIA. ¡Aguarda!

FÓCAS. ¡No le mates!

CINTIA. No te empeñes.

HER. (Á Fócas.) No haré, pues que tú lo mandas.
(Á Cintia.) Viva, porque tú lo quieres. (Váse.)

AST. Oh secreto, lo que callas! (Váse.)

LEONIDO. Haber tropezado no es
flaqueza, sino desgracia.
Ahora lo veréis!...

FÓCAS y CINTIA. (Cerrando el paso á Leonido.) ¡Detente!

LEONIDO. Nadie impida mi venganza,
que he de sanear el desaire.

FÓCAS. ¿Ves que soy quien te lo manda?

CINTIA. ¿Ves que soy quien te lo ruega?

LEONIDO. (Separando con violencia á Fócas y á Cintia.)
Ni tu decoro me ataja,
ni tu respeto me mueve!
(Váse precipitadamente en seguimiento de Heráclio.)

FÓCAS. ¡Oye, espera!

CINTIA. ¡Escucha, aguarda!...
(Váse tras él.)

LISIPO. ¿Qué te va diciendo, Fócas,

la experiencia?

FÓCAS. Mucho y nada·
pues me quedo con mis dudas.
al ver que iguales me agradan
en el uno la soberbia,
en el otro la templanza.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion de selva corta.

ESCENA PRIMERA.

FÓCAS, LISIPO, ISMENO y CORTESANOS. Lisipo siguiendo á Fócas, que sale precipitado y descompuesto.

LISIPO. ¿Qué tienes, señor?
FÓCAS. No sé:
un letargo, un parasismo,
un frenesí, una locura,
un pasmo, un ánsia, un conflicto;
que aunque no dudo el saberlo,
descansaré con decirlo.
Fingí el sueño; y él, airado
de ver que lo había fingido,
perturbadas las ideas
verdadero hacerse quiso.
En aquel espacio breve,
ni bien muerto ni bien vivo,
á Leonido ví y á Heráclio,
sobre vuestros dos avisos,
con dos puñales. Y aunque
cada uno se previno
de que era suyo el amparo
y era ajeno el homicidio,
no sé con qué oculta causa,

sin asustarme en Leonido
el acero, ví el de Heráclio,
jurára, en mi sangre tinto.
Conque infiero que al oir
que era hijo de Mauricio,
reventó la saña en él.
Y pues que yo no me afirmo,
decid vosotros, decid
si bien ó si mal colijo
de sus acciones.

ISMENO. Si ellos
llegaron así escondidos,
sus intentos no podemos
explicarlos sin oirlos.

FÓCAS. (Á Lisipo.) Tú ¿qué infieres?

LISIPO. Si pudiera
yo hablar, ya lo hubiera dicho;
pero hay deidad que mi vida
amenaza si lo digo.

FÓCAS. ¿No eres tan sabio en la mágia?
Pues haz que un nuevo prodigio
nos lo diga.

LISIPO. Mal podré.

FÓCAS. ¿Por qué?

LISIPO. El término preciso
del dia se cumplió ya
en que forzados los vimos
á la fuerza de un conjuro
y de un encanto al hechizo.

FÓCAS. Entónces dejadme todos,
dejadme á solas conmigo.

LISIPO. Ya te dejamos, señor.
Y pues quedas en el sitio
que te encontré, lo que callo
infiere de lo que has visto.
(Vánse Lisipo, Ismeno y los cortesanos.)

ESCENA II.

FÓCAS.

FÓCAS. ¿Qué he de inferir, si me pierdo

en mil dudas? En el mismo
lugar en que me dejaron
monteros y criados mios,
cuando tan raros portentos
obró el mágico Lisipo,
me vuelvo á encontrar, sin que haya
ni rastreado ni inferido
más de que en Heráclio fué
piedad todo, hasta haber visto
blandir su mano el acero;
todo crueldad en Leonido,
hasta haber visto que él fué,
si he de creerme á mí mismo,
el que la vida me dió.
¡Oh mal explicado abismo,
qué de cosas me has callado
y qué de cosas me has dicho!—
Porque el fin de tanto asombro
se enlace con su principio,
acosado de los canes
vuelve sangriento y herido
á mí el bruto, á tiempo que
no puedo acudir, rendido,
á mi defensa. ¡Ah del monte!
¡Vasallos, criados, amigos!...
¿No hay quien me socorra?

ESCENA III.

FÓCAS: HERÁCLIO y LEONIDO vestidos de pieles.

LEONIDO. Sí;
que habiendo tu voz oido...
HER. Vuelvo á saber... ¿más qué veo?
LEONIDO. Vuelvo á ver... ¿pero qué miro?
HER. ¿Esta no es mi antigua piel?
LEONIDO. ¿Este no es mi traje antiguo?
HER. Este el monte...
LEONIDO. Esta la selva
donde...
FÓCAS. ¿Qué os ha suspendido?

HER. ¡Si he visto lo que he soñado!
LEONIDO. ¡Si he soñado lo que he visto!
HER. ¿Qué se hizo de aquel alcázar
dónde estaba?
LEONIDO. ¿Qué se hizo
aquel edificio?
FÓCAS. ¿Qué
alcázar, ni qué edificio?
Desde ayer á esta hora ando
tras una fiera perdido,
donde, hallándome la noche,
fueron mi lecho estos riscos.
Al oir voces de monteros
y de canes los latidos,
llamé, no tanto porque
yendo la fiera hácia el rio
me diesen socorro, cuanto
porque de este laberinto
me sacasen. Y supuesto
que en mi busca habeis venido,
debajo de aquel seguro
que Cintia y Libia habrán dicho
yendo de paz á buscaros
con aparatos festivos
de músicos instrumentos,
seais los dos bien venidos.
LEONIDO. ¿Qué es lo que por mí ha pasado?
HER. ¡Cielos! ¿Qué me ha sucedido?
LEONIDO. ¿Será mentira ó verdad
lo que ha poco...

ESCENA IV.

DICHOS: CINTIA, LIBIA y séquito.

CINTIA. (Á Focas.) Alegre pido,
señor, tu mano, en albricias
de que con vida te miro.
LIBIA. Á todos nos da tus plantas.
FÓCAS. Yo la fineza os estimo.
CINTIA. Y yo estimo á mi fortuna
el que esté Heráclio contigo;

que habiéndole hallado yo,
y habiendo él, en tu peligro,
sido el que llegó primero,
me persuado á que he tenido
alguna parte en su dicha,
y no pequeña en tu alivio.

LIBIA. Lo mismo á mí me sucede
contigo hallando á Leonido.

FÓCAS. Los dos llegaron ahora.

HER. ¿Cómo ahora? ¿No estuvimos
contigo en aquel palacio?

FÓCAS. ¿Qué palacio?

CINTIA. ¿Estás sin juicio?

FÓCAS. Habiendo llegado ahora,
y habiéndoles las dos dicho
que quiero ser más piadoso
con los dos, que vengativo
con el uno, es bien que vamos
donde sean recibidos
en tu córte con festejos,
aplausos y regocijos,
y donde muden el traje
en adornos y vestidos
de reales púrpuras.

LEONIDO. (Ap.) ¡Cielos!
¿Si será esto lo fingido,
y lo otro lo verdadero?
¿Ó si habrá al contrario sido
esto lo cierto, y lo otro
lo incierto? Mas ¿qué averiguo?
Vaya yo donde me vea
de reales pompas vestido,
en palacios alojado,
de varias gentes servido,
y sea cierto ó no sea cierto;
pues en los faustos del siglo
lo que se goza, se goza,
dure ó no dure. (Á Fócas.) Rendido
á tus piés, beso tu mano
por el honor que recibo.

FÓCAS. (Ap.) Cuerdo anda Leonido, pues
no se da por entendido.

(Á Heráclio.) Y tú, Heráclio, ¿no me das
las gracias de que te admito
en mi córte?

HER. No señor,

FÓCAS ¿Por qué causa?

HER. Te suplico
que más lustre no me des
que dejarme en mi retiro
á vivir como viví
de estas montañas vecino,
de estas fieras compañero,
ciudadano de estos riscos.
Que no quiero oir aplausos
de tan mañoso artificio,
que no sepa cuando son
verdaderos ó fingidos.

FÓCAS. No te entiendo.

HER. Yo tampoco.

ESCENA V.

DICHOS: ASTOLFO y LISIPO, que se quedan ocultos en distintos lados.

AST. (Sabiendo que están Leonido
y Heráclio con Fócas ya,
á verlos vengo. Advertido
aquí observaré...)

LISIPO. (Á esta parte
cautamente me retiro
para saber...)

FÓCAS. En efecto,
ingrato, desconocido,
¿mi piedad desprecias?

HER No
la desprecio; ántes la estimo
tanto, que no quiero verla
aventurada al peligro
de que una piedad padezca
escrúpulos de delito.
Y así, á tus piés arrojado,

que me desvíes te pido
de tí; porque á mí me basta
el reino de mi albedrío,
sin más ambicion.

FÓCAS. ¿Y eso
no es hacer, dí, desperdicio
y desaire de mi honor?

HER. No, señor, sino del mio.

FÓCAS. No es sino hallarte, tirano,
acusado y convencido
de tu traicion.—Mas ¿qué hago?
Mal la cólera reprimo.—
Arrebatóme la ira
al ver que aún no te he perdido
aquel pasado pavor.

CINTIA. (Ap.) ¿Qué traicion puede haber visto
en él, si ahora ha llegado?

FÓCAS. Y así, ingrato, por lo mismo
que mi favor aborreces,
has de estar siempre conmigo.
Que ménos cuidado así
me darás, siendo registro
yo de todas tus acciones;
pues estoy ya persuadido,
y no en vano, de que eres
el hijo de mi enemigo.

HER. Es verdad. Y pues tú rompes
el secreto de un prodigio,
hijo de Mauricio soy;
una y mil veces lo afirmo.

FÓCAS. ¿De qué lo sabes?

HER. Lo sé
de tan superior testigo,
que no padece objecion.
Cintia fué quien me lo dijo.

CINTIA. ¿Yo? ¿cómo? ¿cuándo? Ni yo
¿de qué saberlo he podido?

HER. De que te lo dijo Astolfo
á tí, cuando preso vino.

AST. (Ap. saliendo.)
Aunque me maten ¿qué espero?)—
(Á Cintia.) ¿Yo, señora, tal te he dicho?

CINTIA. Ni me lo ha dicho él, ni yo
á tí. (Á Heráclio.)
HER. (Á Cintia.) Si te he vendido
el secreto, con mi muerte
lo pago todo. (Á Astolfo.) Y tú, impío
piadoso, que me ocultaste
tantos años este altivo
honor; ya que lo dijiste,
¿por qué ahora tan atrevido
lo niegas, aventurando
el respeto en Cintia?
AST. Dilo
tú, señora: ¿cuándo yo
tal te dije?
CINTIA. (Á Astolfo.) Ya le he dicho
que nunca lo supe yo.
HER. Á tí en nada te replico.
Pero á este que, tras quitarme
el honor, me quita el juicio,
la vida que le guardé
en aquel alcázar rico
le he de quitar.
AST. ¿En qué alcázar?
LEONIDO. (Á Heráclio.) Detente, y no inadvertido
le maltrates; que aunque es
verdad que en él estuvimos,
no es verdad lo que pasamos.
Algun superior motivo
anda aquí que no sabemos.
Dígalo el ver que lo mismo
me dijo á mí Libia.
LIBIA. ¿Yo?
¿Cuándo te he hablado ni visto?
LEONIDO. En aquel mismo palacio
donde todos estuvimos.
Por señas que me dijiste
que á tí tu padre Lisipo,
sabiéndolo por sus ciencias...
LISIPO. Pues ¿cómo, Libia, has tenido
tú atrevimiento á decir
que dije lo que no he dicho?
FÓCAS. Acabemos de una vez;

salgamos de tanto abismo!—
Seguidme á la córte: allí
veré lo que determino. (Váse con el séquito.(

AST. (Á Heráclio, al salir siguiendo á Fócas.)
Vive alerta, que el tirano
te mira con ceño esquivo.

HER. Desecha temores: Cintia
me ampara, y en Dios confío. (Vánse.)

MUTACION.

Salon ricamente adornado en el palacio de Cintia. En el centro del teatro, á la izquierda del espectador, un lecho.

ESCENA VI.

LEONIDO, ISMENO.

ISMENO. Templa, señor, tus enojos.

LEONIDO. Bien mi afecto me engañó,
pues nacer sentí en el alma
yo no sé qué inclinacion
hácia ese tirano cruel.

ISMENO. No te venzas al rigor
de la ira.

LEONIDO. ¿Cómo quieres
que acalle la indignacion?
¿Qué ha visto Fócas en mí
para negarme el honor
de ser hijo de Mauricio?
¿Por qué á Heráclio señaló
como á vástago dichoso
del difunto emperador?
¿Son ménores mis alientos?
¿Acaso no puedo yo
dar ejemplo á las edades
de grandeza y de valor?
¡Ah Fócas, pronto verás
cuál vale más de los dos!

ISMENO. Serénate, porque importa,
en la extrema situacion

á que hemos llegado, usar
más cautela que furor.
En el hijo de Mauricio
el pueblo amante cifró
su esperanza; mas de Fócas
aún miedo infunde y pavor
la tiranía, y es fuerza
proceder con precaucion.

LEONIDO. Á tus razones me rindo;
pues si escuchase la voz
de los ímpetus bizarros
de mi altiva condicion,
yo mismo castigaría,
sin más tardanza, al feroz
caudillo que de mi padre
fué inhumano matador.

ISMENO. ¿Seguro estás de que eres...

LEONIDO. Libia me lo declaró.
Y aunque despues lo ha negado,
fué por no dar ocasion
á los rigores de Fócas.
Pero ¿qué prueba mayor?
Me lo están diciendo á voces
mi sangre y mi corazon!

ISMENO. Pues oye: Astolfo, que siempre
cual tierno padre os amó,—
porque no estorben su intento,
ni al tirano usurpador
dés contra tí nuevas armas,
secretamente avivó
el ardor de los leales
que odian á Fócas, y que hoy
en el hijo de Mauricio
sólo ven su salvacion.

LEONIDO. ¿Son muchos?

ISMENO. Sí.

LEONIDO. ¿Y están pronto
á derrocar al traidor?

ISMENO. Lo están.

LEONIDO. ¿Podrán estorbarlo
sus tropas?

ISMENO. Fuerte legion

es ya nuestra: el de Calabria
tambien nos ayuda.

LEONIDO. ¿Y no
se malogrará la empresa,
si Heráclio aspira al honor,
muerto Fócas, de heredarle?

ISMENO. Bien mirado, juzgo yo
que quien del padre abomina
la tiránica intencion,
ha de temer en el hijo
á otro tirano.

LEONIDO. Los dos
han de morir! Sin tardanza
corre, vuela; que á mi voz
estén prontos. Sepan luégo
que hijo de Mauricio soy;
diles que, si es necesario,
sabrá llegar mi valor,
no ya al trono del imperio,
sino hasta el trono del sol. (Váase.)

ESCENA VII.

ASTOLFO y HERÁCLIO.

AST. Fuerza es, pues lo quiere el cielo,
hijo, que en aqueste instante
todo misterio quebrante,
deseche todo recelo.
En riesgo tu vida está;
pues el escondido arcano,
freno hasta aquí del tirano,
no lo es para Fócas ya.
Hizo en él la sangre oficio
de delator, y tu ruina
dispone, porque adivina
que el hijo eres de Mauricio.

HER. Por fin!...—No engañarme quieras,
pues negaste allí...—Mas no;
que harto lo sabía yo
ántes que tú lo dijeras!
Haciendo al secreto agravios

el alma me lo decía;
pero me causa alegría
escucharlo de tus labios.

AST. Declararlo era, en rigor,
ser ¡oh Heráclio! tu homicida.

HER. ¿Y qué ménos que una vida
valer puede tanto honor?
Ni juzgues que, deslumbrado
por la púrpura, ambiciono
ántes el brillo de un trono
que el bien de haberlo heredado.
Quien logra noble nacer,
en ménos ha de apreciar
la fortuna de alcanzar
que el honor de merecer.

AST. ¡Bien tu alcurnia se declara
en tan altos pensamientos!
Mas por si crudos tormentos
el tirano nos prepara,
es forzoso á tus parciales
dar luégo la voz de alerta,
ántes que Fócas advierta
del incendio las señales.
Muchos con ánimo fuerte,
vivo el hijo de Mauricio,
por vengarle, en tu servicio
sabrán arrostrar la muerte.

HER. Yo con ellos el primero
saldré; que tan justa accion
me ofrece digna ocasion
de desnudar el acero.
Y pues sé ya que el traidor
verdugo de mi destino
es el bárbaro asesino
de mi padre y mi señor,
cara á cara y frente á frente
le he de matar: que sería
de otro modo cobardía
que mi sangre no consiente.

AST. Has de otorgarme un favor:
Leonido...

HER. Llaméle hermano.

Aunque es hijo del tirano,
no abrigues por él temor.

AST. Pues corro á encender la llama
que ha de abrasar al impío.

HER. En que he de deberte fío
vida, cetro, honor y fama.
Y áun tal vez mayor tesoro
conquiste ufano por tí,
pues desde que á Cintia ví
con toda el alma la adoro! (Váse Astolfo.)

ESCENA VIII.

HERÁCLIO. Luégo FÓCAS y séquito.

HER. De albricias diera la vida,
aunque viva aborrecido
de Fócas, que me amenaza
con tan mortales peligros,
por esta dichosa nueva!
No importa, no, que el invicto
laurel que me toca goce,
tanto como haber sabido
la sangre que arde en mis venas.

FÓCAS. Pues de Astolfo los designios
dicen más que todo cuanto
mis experiencias han dicho,
fuerza será que mis odios,
breve pausa suspendidos,
satisfagan en Heráclio
sus naturales instintos.

HER. (Viendo á Fócas.) ¡Fócas!... No le quiero ver.
(Marchándose.)

FÓCAS. ¿Huyes de mí?

HER. No he sabido
yo nunca huir. ¿Qué temor
me diera á huirte motivo?

FÓCAS. Nada temes?

HER. Nada temo.

FÓCAS. ¿Ni áun saber que eres mi hijo?

HER. Eso sí.

FÓCAS. Pues dí, villano,
traidor, infame, atrevido,
¿por qué eso temes?
HER. Porque
á más alto honor aspiro.
Hijo de Mauricio soy.
FÓCAS. Sí, de Mauricio eres hijo!
Y porque está ya conforme
tu altivez con mis indicios,
porque no lo dudes más
vas á morir aquí mismo!
HER. Mata: será digno fin
de tus bárbaros principios.
FÓCAS. ¡Hola! Aseguradle.
(Á los soldados, que sujetan á Heráclio.)

ESCENA IX.

DICHOS y CINTIA.

CINTIA. ¡Tente!
FÓCAS. ¿Tú lo impides?
CINTIA. Yo lo impido.
Debajo de tu palabra
y de mí seguro vino:
ó has de cumplírsela, ó, ántes
que muera, en el pecho mio
ensangrentarás tu acero.
FÓCAS. ¿Qué es lo que yo le he ofrecido?
CINTIA. No matarle.
FÓCAS. Pues lo dije,
por tí y por mí he de cumplirlo.
Llevadle al más hondo encierro;
en donde, al peso rendido
de fuertes cadenas, muera
de hambre y sed.
CINTIA. ¡Cielo divino!...
FÓCAS. Llevadle al punto.
HER. (Á los soldados que le sujetan.)
Villanos,
sin violencia; que yo mismo

iré á morir, si los cielos
(Á Fócas.) ántes no te dan castigo.

FÓCAS. En vano esperas.

CINTIA. (Con ternura.) ¡Heráclio!...

HER. (Á Cintia.) Adios, hermoso prodigio,
primero que ví y postrero!...—
Quédate á Dios, padre mio;
que sólo siento dejarte
en poder de mi enemigo,
cuando, al mentir la verdad,
verdad la mentira dijo.
¡Partamos!

FÓCAS. Para que veas
si ando piadoso contigo,
áun no te quiero quitar
aqueste pequeño alivio.—
Buscad á Astolfo, llevadle
con él, y mueran unidos.

CINTIA. Aguarda, Heráclio, que quiero
yo tambien morir contigo.
(Vánse Heráclio, Cintia, los soldados y el acompañamiento.)

ESCENA X.

FÓCAS: despues LEONIDO.

FÓCAS. Sëa mentira ó verdad,
sëa cierto ó sea fingido,
ó desvanézcase ó no,
ya por lo ménos me miro
sin competencia heredero
del imperio; y á Leonido,
si el hado quiere vengarse,
no me quitará haber visto
en esta felicidad
á costa de aquel peligro!—
(Se reclina en el lecho.)
Fuerza es descansar ahora,
mientras, ya reconocido,
entra Leonido en la córte
como cumple al que es mi hijo.

Rara pesadez me embarga.
Inútilmente resisto
á la influencia de un sueño
que más que sueño es delirio.
(Quédase dormido.)

LEONIDO. (Sin ver á Fócas.)
Confieso que tuve á Fócas
no sé qué interior cariño;
pero ahora conozco ser
de mi soberbia nacido,
por juzgarme el más cercano
de la corona á que aspiro.
Dígalo el que, oyendo ahora
que me toca por Mauricio,
lo que cariño juzgaba
es rencor, cuando imagino
que es tirano y que me quita
el imperio que era mío.
Y pues en mí no hay más ley,
ni más razon, ni más juicio
que ánsia de reinar, quisiera
para poder conseguirlo...
¿Estoy solo?... (Viendo á Fócas.)
No estoy solo!
De tal horror me revisto
al ver al traidor, por quien
el sacro laurel no ciño,
que no sé cómo la saña
de tanto rencor resisto!—
Pero sí me dijo Libia,
cuando lo demas me dijo,
que, muerto él, hasta los suyos
han de seguir mi partido,
¿qué espero?... (Saca el puñal.)
Mas ¡ay! que aquel
cariño oculto, indeciso
me tiene.—¿No vale más
un imperio que un cariño?
Sí. Pues ¿qué temo? ¿Qué dudo?
(Va á herir á Fócas.)

FÓCAS. (Despertando.)
¿Qué es lo que intentas, Leonido?

LEONIDO. (Hiriéndolo.) ¡Muere!
FÓCAS. (Cayendo en el lecho.) ¡Socorro! ¡Favor!
¿Qué has hecho?
LEONIDO. ¡El imperio es mio!
VOCES. (Dentro.) ¡Viva Heráclio!
AST. (Dentro.) En el momento
sacadle de la prision.
LEONIDO. (Absorto.) ¿Viva Heráclio? ¿Es ilusion?
VOCES. (Dentro.) ¡Muera Fócas!
FÓCAS. ¡Oh tormento!
VOCES. (Dentro.) ¡Viva el hijo de Mauricio!
LEONIDO. ¡Ah! ¡Viva, sí, que su mano
ya ha castigado al tirano!
¡Venid!
FÓCAS. ¡Qué horrible suplicio!

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS: HERÁCLIO, ASTOLFO, LISIPO, CINTIA, LIBIA, SOLDADOS y acompañamiento.

HER. ¿Qué miro? ¡Fócas!...
FÓCAS. ¡Yo muero!
LEONIDO. Hiriéle mi justo encono.
HER. y AST. ¡Cielos!
CINTIA. Recobre su trono
de Mauricio el heredero.
LEONIDO. Dadme la púrpura!
AST. No,
que es de Heráclio.
LEONIDO. (Yéndose á él.) ¡Por mi vida!
¿Qué dices?
AST. Verdad cumplida.
LEONIDO. Pues entónces ¿quién soy yo?
¿Qué tardais en responder?
Haced que mi afan concluya.
FÓCAS. Ven... Mira esta sangre... Es tuya.
Yo soy quien te ha dado el ser. (Espira.)
LEONIDO. ¿Tú?... ¡qué horror!... ¡Padre!
(Arrojándose sobre el cadáver de Fócas.)
AST. (Acercándose á consolarlo.) ¡Leonido!...
HER. Pudo en él más la ambicion

que la voz del corazon,
y en el corazon se ha herido.—
No con un crímen manchado
llego á ceñir la corona.
A tu asesino perdona,
¡oh padre!... Ya estás vengado.—
Cintia, mi alma al bien aspira;
aliéntame tú, pues ves
que EN ESTA VIDA TODO ES
VERDAD, Y TODO MENTIRA.

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Eé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, número 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de las Galerías de los *Señores Hijos de A. Gullon* y de *D. Eduardo Hidalgo*.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15 Rue Monsigny, Paris.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.